

Prólogo

Este libro comienza donde termina *Confesiones de un gánster económico*. Cuando en 2004 terminé de escribir ese libro no tenía ni idea de si alguien iba a querer leer acerca de mi vida en tanto que gánster económico (GE). Decidí describir acontecimientos que necesitaba confesar. Más adelante, viajando por Estados Unidos y otros países, pronunciando conferencias, dando respuesta a preguntas y hablando con hombres y mujeres a quienes preocupa el futuro, he llegado a entender que en todas partes la gente desea saber qué está pasando de verdad en el mundo de hoy. Todos deseamos ser capaces de leer entre líneas en las noticias y escuchar las verdades ocultas tras las interesadas declaraciones de quienes controlan nuestras empresas, gobiernos y medios de comunicación (colectivamente, la «corporatocracia»).

Como ya expliqué en *Confesiones*, traté de escribir ese libro en varias ocasiones. Contacté con otros gánsteres económicos y chacales —los mercenarios financiados por la CIA que intervienen para influir, engatusar, sobornar y en ocasiones asesinar— y les pedí que incluyeran sus historias. La voz se corrió de inmediato; yo mismo fui sobornado y amenazado. Dejé de escribir. Tras el 11-S, cuando me comprometí a ponerlo en marcha, decidí que esta vez no se lo diría a nadie hasta que el manuscrito estuviese publicado. En ese preciso momento se convirtió en una póliza de seguro; los chacales sabían que si me ocurría algo inusual las ventas del libro se dispararían. Escribir *Confesiones* sin la ayuda de otras personas con experiencias similares puede que haya resultado difícil, pero fue el camino más seguro. Desde su

publicación, la gente ha salido de la oscuridad. Gánsteres económicos, chacales, informadores, voluntarios de los Cuerpos de Paz, directivos de empresas y funcionarios del Banco Mundial, del Fondo Monetario Internacional (FMI) y del gobierno vinieron a mí con sus propias confesiones. Las historias que comparan en las páginas siguientes exponen los hechos detrás de los acontecimientos que están configurando el mundo que han de heredar nuestros hijos. Y ellos ponen de manifiesto la siguiente conclusión: debemos actuar, debemos cambiar.

Deseo recalcar que el lector no va a encontrar catastrofismo en estas páginas. Soy optimista. Sé que, aun siendo graves, nuestros problemas se deben al ser humano. No estamos amenazados por un meteorito gigante. El fuego del sol no se ha extinguido. Puesto que nosotros creamos esos problemas, podemos resolverlos. Al explorar los oscuros recovecos de nuestro pasado podemos hallar una luz para examinar —y cambiar— el futuro.

Cuando usted termine de leer *La historia secreta del imperio americano* también se sentirá, creo yo, confiado en que vamos a hacer lo que debemos. Puede que haya identificado un plan de acción. Juntos utilizaremos los recursos que la providencia nos ha proporcionado para establecer sociedades humanas que reflejen nuestros ideales más altos.

Una tarde, cuando llevaba varios meses de gira presentando *La historia secreta del imperio americano*, me encontré dando una conferencia en una librería de Washington D. C. La señora que me presentó mencionó que esperaba la asistencia de unos cuantos miembros del Banco Mundial. Este banco fue creado en 1944 en Bretton Woods, localidad de mi estado natal de New Hampshire, con la misión de reconstruir países destruidos por la guerra. Esta misión no tardó en ser sinónimo de demostrar que el sistema capitalista era superior al de la Unión Soviética.

Para reforzar este papel, sus empleados cultivaban una íntima relación con los máximos exponentes del capitalismo, las corporaciones multinacionales. Ello nos facilitó, a mí y a otros GE, la posibilidad de montar una estafa multimillonaria. Canalizamos fondos del banco y sus organizaciones hermanas hacia proyectos que parecían beneficiar a los pobres pero que fundamentalmente beneficiaban a unos pocos ricos. Los más habituales eran países en desarrollo que poseían recursos que nuestras corporaciones deseaban (por ejemplo, petróleo); facilitábamos un gran crédito a ese país y luego dirigíamos la mayor parte de ese dinero hacia nuestras propias empresas de ingeniería y construcción, y a unos pocos colaboradores en el país en desarrollo. Proyectos de infraestructura tales como plantas productoras de energía, aeropuertos y parques industriales florecieron por doquier; sin embargo, apenas ayudaban a unas pobres gentes que no estaban conectadas a las redes de energía, no usaban los aeropuertos y carecían de los requisitos para ser contratadas en los parques industriales. A su debido tiempo los GE regresábamos al país endeudado y exigíamos nuestra libra de carne: petróleo barato, votos en las Naciones Unidas ante cuestiones críticas o tropas para apoyar a las nuestras en algún lugar del mundo, por ejemplo Irak.

Durante mis conferencias muchas veces creía necesario recordar a la audiencia un punto que a mí me resulta obvio pero que es erróneamente interpretado por muchos: que el Banco Mundial no es en absoluto un Banco Mundial; más bien es un banco norteamericano. Y algo parecido ocurre con su colega más próximo, el FMI. De los veinticuatro directores de su consejo, ocho representan a países individuales: Estados Unidos, Japón, Alemania, Francia, Reino Unido, Arabia Saudita, China y Rusia. Los 184 países miembros restantes se reparten los otros dieciséis directores. Estados Unidos controla casi el 17 por ciento del voto en el FMI y el 16 por ciento en el Banco Mundial; Japón va en segundo lugar, con cerca del 6 por ciento en el FMI

y el 8 por ciento en el Banco, seguido de Alemania, Reino Unido y Francia, con cerca del 5 por ciento cada uno. Estados Unidos posee derecho de veto sobre decisiones de importancia, y el presidente de Estados Unidos nombra al presidente del Banco Mundial.

Al terminar la conferencia me condujeron a una mesa para firmar ejemplares. La cola serpenteaba entre hileras de librerías. Se presentaba otra larga tarde. Lo que no esperaba fue la cantidad de hombres y mujeres formalmente vestidos que me entregaron tarjetas indicadoras de que ostentaban altos cargos en embajadas extranjeras y el Banco Mundial. Había algunos embajadores de otros países; un par de ellos me pidieron que les firmase libros para sus presidentes y para ellos mismos.

Los últimos de la cola eran cuatro hombres: dos de ellos lucían traje y corbata de hombres de negocios y los otros dos, mucho más jóvenes, llevaban pantalones vaqueros y polo. Los dos más mayores me entregaron sus tarjetas profesionales del Banco Mundial. Uno de los jóvenes dijo: «Nuestros padres nos han dado permiso para contarle esto —empezó—. Les vemos cada mañana ir a trabajar al Banco vestidos... —hizo un gesto hacia ellos— así. Pero cuando los manifestantes se congregan aquí, en Washington, para protestar contra el Banco, nuestros padres se les unen. Les vemos salir de incógnito vestidos con ropa vieja, gorras de béisbol y gafas de sol para apoyar a los manifestantes porque creen que esa gente, y usted, tienen razón».

Los dos mayores me estrecharon calurosamente la mano. «Necesitamos más personas que tiren de la manta, como usted», me dijo uno de ellos.

«Escriba otro libro —añadió el otro—. Incluya más detalles como los que ha ofrecido esta tarde acerca de lo que les pasó a los países en que trabajó, y de todo el daño causado por gente como nosotros en nombre del progreso. Desenmascare al imperio. Cuente lo que ocurre en realidad en países como Indonesia, donde las estadísticas parecen tan buenas y la realidad es tan mala.

Denos esperanza. Ofrezca alternativas a nuestros hijos. Muéstrelles el camino para hacer una buena labor.»

Les prometí que escribiría ese libro.

Pero antes de entrar de lleno en ese libro quisiera examinar una palabra que utilizó. Imperio. Palabra que ha sido tergiversada en la prensa, en las aulas y en los bares a lo largo de los últimos años. ¿Qué es exactamente un imperio? América, con su magnífica constitución, su Declaración de Derechos y su defensa de la democracia, ¿merece realmente un calificativo que trae a la mente una larga historia de conducta brutal y egoísta?

Imperio: nación-estado que domina a otras naciones-estado y que exhibe una o más de las siguientes características: 1) explota recursos de los territorios que domina; 2) consume grandes cantidades de recursos, unas cantidades desproporcionadas al tamaño de su población con respecto a la de otras naciones; 3) mantiene un gran ejército para reforzar su política cuando fallan medidas más sutiles; 4) propaga su lengua, literatura, arte y otros aspectos de su cultura a través de su esfera de influencia; 5) cobra impuestos no sólo a sus propios ciudadanos sino también a gente de otros países, y 6) impone su propia moneda en los territorios bajo su control.

Esta definición de «imperio» fue formulada durante las reuniones que mantuve con estudiantes de una serie de universidades durante la gira de mi libro entre 2005 y 2006. Casi sin excepción, los estudiantes llegaron a la siguiente conclusión: Estados Unidos exhibe todas las características de un imperio global. Consideremos cada uno de los puntos anteriores:

Puntos 1 y 2. Estados Unidos representa menos del 5 por ciento de la población mundial pero consume más del 25 por ciento de los recursos mundiales. Eso se lleva a cabo en gran medida mediante la explotación de otros países, fundamentalmente del mundo en desarrollo.

Punto 3. Estados Unidos mantiene el mayor y más sofisticado ejército del mundo. Aunque su imperio ha sido construido fundamentalmente a través de la economía —mediante los GE— los líderes mundiales entienden que allí donde flaqueen otras medidas el ejército intervendrá, como hizo en Irak.

Punto 4. La lengua inglesa y la cultura americana dominan el mundo.

Puntos 5 y 6. Aunque Estados Unidos no carga impuestos directamente a otros países ni el dólar ha sustituido a otras monedas en los mercados locales, la corporatocracia impone una sutil tasa global y el dólar es de hecho la moneda estándar para el comercio mundial. Este proceso empezó al final de la Segunda Guerra Mundial cuando el patrón oro fue modificado; el dólar ya no pudo ser convertido por particulares, sólo por gobiernos. Durante las décadas de 1950 y 1960 se llevaron a cabo compras a crédito en el extranjero para financiar el creciente consumismo de América, las guerras de Corea y Vietnam y la Gran Sociedad de Lyndon B. Johnson. Cuando los hombres de negocios extranjeros trataron de comprar bienes y servicios a Estados Unidos, descubrieron que la inflación había reducido el valor de sus dólares: de hecho, habían pagado un impuesto indirecto. Sus gobiernos exigieron que la deuda se liquidase en oro. El 15 de agosto de 1971 la administración Nixon se negó y suprimió completamente el patrón oro.

Washington luchó por convencer al mundo para que continuase aceptando el dólar como patrón monetario. Debido al caso de lavado de dinero por parte de Arabia Saudita que yo ayudé a montar a principios de la década de 1970, la casa real saudita se comprometió a vender petróleo únicamente en dólares estadounidenses. Dado que los sauditas controlaban los mercados del petróleo, el resto de la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo) se vio obligado a acceder. Mientras el petróleo siguiese rei-

nando como el recurso supremo, el dominio del dólar como moneda estándar mundial estaba asegurado; y continuaría el impuesto indirecto.

Una séptima característica emergió durante mis discusiones con los estudiantes: un imperio está gobernado por un emperador o un rey que controla el gobierno y los medios de comunicación; que no ha sido elegido por el pueblo ni está sometido a la voluntad de éste y cuyo mandato no está limitado por la ley.

A primera vista esto parece diferenciar a Estados Unidos de otros imperios. Sin embargo, la apariencia es ilusoria. Este imperio está gobernado por un grupo de personas que colectivamente actúan como un rey. Dirigen nuestras mayores corporaciones y, a través de éstas, nuestro gobierno. Pasan a través de las «puertas giratorias» a uno y otro lado de los negocios y el gobierno. Dado que financian las campañas políticas y los medios de comunicación, controlan a los gobernantes elegidos y la información que recibimos. Esos hombres y mujeres (la corporatocracia) mantienen el control con independencia de que demócratas o republicanos ocupen la Casa Blanca y el Congreso. No están sometidos a la voluntad del pueblo y no están limitados por la ley.

Este imperio moderno ha sido erigido subrepticamente. Muchos de sus propios ciudadanos no son conscientes de su existencia; sin embargo, aquellos que son explotados por él sí lo son, y muchos padecen una extrema pobreza. Aproximadamente veinticuatro mil personas mueren cada día de hambre o por enfermedades relacionadas con el hambre. Más de la mitad de la población del planeta vive con menos de dos dólares al día —muchas veces insuficientes para satisfacer las necesidades básicas y aproximadamente lo mismo que recibían en términos reales hace treinta años—. Para que nosotros llevemos una vida confortable, millones de personas deben pagar un alto precio. Así como nos hemos hecho conscientes del daño medioambiental causado por el estilo de vida consumista, la mayoría de nosotros olvida o niega su costo en sufrimiento humano. Nuestros hijos, sin embargo,

no tendrán más opción que aceptar la responsabilidad de los desequilibrios que hemos provocado.

Durante el proceso de construcción del imperio, en Estados Unidos nos las hemos arreglado para descartar nuestras creencias fundamentales, aquellas que en el pasado definían la auténtica esencia de lo que era ser un norteamericano. Nos hemos negado a nosotros mismos y a aquellos a los que colonizamos los derechos tan elocuentemente expresados en la Declaración de Independencia. Hemos perdido los principios universales de igualdad, justicia y prosperidad.

La Historia enseña que los imperios no duran; caen o son derribados. Estallan las guerras y otro imperio llena el vacío. El pasado emite un mensaje apasionante. Debemos cambiar. No podemos permitir que la historia se repita.

La base del poder de la corporatocracia son sus corporaciones. Ellas definen nuestro mundo. Cuando miramos un globo terráqueo vemos los contornos de algo menos de doscientos países. Muchas de las fronteras fueron establecidas por las potencias coloniales, y la mayoría de esos países tiene un impacto mínimo sobre sus vecinos. Desde un punto de vista geopolítico este modelo es arcaico; la realidad del mundo moderno estaría mejor representada por unas espesas nubes que rodeasen nuestro planeta, cada una simbolizando una corporación. Esas poderosas entidades impactan sobre cada país. Sus tentáculos alcanzan hasta las selvas más profundas y los desiertos más remotos.

La corporatocracia monta un espectáculo para promover la democracia y la transparencia entre las naciones del mundo, pero sus corporaciones son dictaduras imperialistas en las que unos pocos toman todas las decisiones y acaparan la mayor parte de los beneficios. En nuestro proceso electoral —el auténtico corazón de nuestra democracia— la mayoría de nosotros votamos únicamente a candidatos cuyas arcas de campaña están repletas; por lo tanto debemos elegir entre quienes tienen obligaciones con las corporaciones y los dueños de las mismas. En contra de nuestros

ideales, los fundamentos de este imperio son la codicia, el secretismo y un materialismo excesivo.

En su aspecto positivo, las corporaciones han demostrado ser altamente eficaces en la organización de los recursos, el impulso de la creatividad colectiva y la propagación de páginas web de comunicación y distribución en los rincones más remotos del planeta. A través de ellas tenemos a nuestra disposición todo lo necesario para asegurarnos de que no mueran de hambre cada día esas veinticuatro mil personas. Disponemos del conocimiento, la tecnología y los sistemas requeridos para hacer que éste sea un planeta estable, sostenible, equitativo y pacífico.

Los fundadores de esta nación reconocieron que la revolución no tiene por qué conducir a la anarquía. Ellos mismos se libraron de la tiranía, pero también fueron lo bastante sabios como para adoptar muchas de las estructuras comerciales y legales que tan exitosas habían demostrado ser para los británicos. Hemos de conseguir algo similar. Debemos aceptar los beneficios que ha creado este imperio y usarlos para unir y sanar las heridas, y para salvar la brecha entre ricos y pobres. Debemos ser valientes, como lo fueron los fundadores de esta nación. Debemos romper el molde que ha definido la interacción humana y el sufrimiento. Hay que transformar el imperio en un modelo de gobierno y buena ciudadanía.

La clave para que ello suceda, para crear un mundo que nuestros hijos puedan estar orgullosos de heredar, pasa por transformar el poder de base de la corporatocracia, las corporaciones: la forma en que ellas mismas se definen, marcan sus objetivos, desarrollan sus métodos de gobierno y establecen los criterios para seleccionar a sus máximos directivos. Las corporaciones dependen totalmente de nosotros. Nosotros, los seres humanos, les proporcionamos los cerebros y los músculos. Nosotros somos sus mercados. Compramos sus productos y financiamos sus esfuerzos. Como demostrará este libro, hemos tenido un gran éxito transformando corporaciones cada vez que nos lo hemos pro-

puesto; por ejemplo, limpiando nuestros contaminados ríos, deteniendo el daño a la capa de ozono y dando marcha atrás en la discriminación. Ahora debemos aprender de nuestros éxitos y alzarnos a nuevos niveles.

Adoptar las acciones necesarias —las que presentamos en este libro— requerirá que finalicemos la tarea iniciada en la década de 1770 pero nunca completada. Quedamos emplazados a tomar el testigo portado por nuestros fundadores y por los hombres y mujeres que les siguieron y se opusieron a la esclavitud, se sobrepusieron a la Depresión y combatieron a Hitler, y que llegaron a nuestras costas huyendo de la opresión o buscando sencillamente la vida mejor ofrecida por nuestros más sagrados documentos. Para nosotros ha llegado la hora de armarse del valor necesario para continuar el trabajo que todos ellos iniciaron. No dejemos que se derrumbe este imperio y que sea reemplazado por otro; en lugar de ello, vamos a transformarlo.

Tras aquella tarde en la librería de Washington D. C., mi pensamiento volvió a menudo a la petición que me hicieron los dos ejecutivos del Banco Mundial. Les prometí que escribiría otro libro en el que expondría el daño causado por hombres como yo y ofrecería la esperanza de un mundo mejor. Necesitaba hacerlo. Necesitaba compartir las historias de una gente ignorada por los grandes medios de comunicación porque sus palabras podrían molestar a los anunciantes, y dar voz a quienes son ignorados porque deben continuar en el anonimato debido a que sus trabajos, pensiones y vidas pueden depender de ello. Necesitaba ofrecer una alternativa a los satanizados informes y las equívocas estadísticas que pasan por «objetivas» o «científicas» porque incluyen montañas de información recogida por investigadores que con demasiada frecuencia están financiados por la corporatocracia. Asumí que habría quienes se apresurarían a criticar mi uso de citas procedentes de informadores anónimos y de aquellos que han participado en la construcción de las noticias, pero que no son invitados a las tertulias televisivas

de los domingos por la mañana; pero sentía que necesitaba rendir homenaje a esas experiencias y a las voces que las describían. Se lo debía a la gente que leyó *Confesiones*, a los hijos de aquellos directivos, a mi hija de veintitrés años y a la generación que aquellos dos jóvenes y ella representan en el mundo entero. Por todos ellos —y por mí mismo— debía dar el siguiente paso.

PRIMERA
PARTE

Asia

I

La misteriosa mujer de Yakarta

Estaba listo para violar y saquear cuando salí hacia Asia en 1971. A mis veintiséis años, me sentía engañado por la vida. Deseaba vengarme.

Estoy seguro, en retrospectiva, de que la rabia me valió el empleo. Horas de pruebas psicológicas en la Agencia de Seguridad Nacional (ASN) me identificaron como un potencial gánster económico. La organización más clandestina del país llegó a la conclusión de que yo era un hombre cuyas pasiones podrían ser usadas para ayudarlo a cumplir su misión de expandir el imperio. En tanto que candidato ideal para saquear el Tercer Mundo fui contratado por Chas. T. Main (MAIN), una consultora internacional que hacía trabajos sucios para la corporatocracia.

Aunque las causas de mi rabia están detalladas en *Confesiones de un gánster económico*, pueden ser resumidas en unas pocas frases. Yo era hijo de un maestro de escuela primaria y crecí rodeado de chicos ricos. Me sentía aterrorizado y al mismo tiempo fascinado por las mujeres y, en consecuencia, ignorado por ellas. Asistí a un instituto que odiaba porque era el que querían mi madre y mi padre. En el que fue mi primer gesto de desafío, lo dejé, encontré trabajo como chico de los recados en un gran periódico local y más tarde, con el rabo entre las piernas, regresé al instituto para evitar ser reclutado. Me casé demasiado joven porque eso fue lo que exigió la chica que finalmente me aceptó. Pasé tres

años en el Amazonas y los Andes como un miserable voluntario de los Cuerpos de Paz, de nuevo evadiendo el reclutamiento.

Me considero un auténtico y leal americano. Ello también contribuía a mi rabia. Mis antepasados lucharon en la Revolución y en la mayoría de las guerras de Estados Unidos. Mi familia era mayoritariamente republicana conservadora. Puesto que los diestros literarios me salieron con Paine y Jefferson, pensaba que un conservador era alguien que creía en los ideales fundacionales de nuestro país, en la justicia y en la igualdad de todos; me enojó la traición a esos ideales en Vietnam y la connivencia entre Washington y las empresas petroleras que destruían el Amazonas y esclavizaban a su población.

¿Por qué elegí convertirme en un GE y comprometer mis ideales? Mirando atrás puedo decir que mi trabajo prometía cumplir muchas de mis fantasías; ofrecía dinero, poder y mujeres hermosas, así como viajes en primera clase a tierras exóticas. Se me advirtió, por descontado, que no se me pediría que hiciese nada ilegal. De hecho, si hacía satisfactoriamente mi trabajo sería felicitado, invitado a dar conferencias en institutos de la Ivy League y compartiría mantel con la realeza. En mi interior sabía que este viaje estaba plagado de peligros. Estaba jugando con mi alma. Pero creí que podría demostrar que yo sería la excepción. Cuando salí hacia Asia pensé que podría atesorar los beneficios durante unos años y luego poner al descubierto el sistema y convertirme en un héroe.

Debo admitir asimismo que en mi infancia desarrollé una fascinación por los piratas y la aventura. Pero había vivido una vida totalmente opuesta, haciendo siempre lo que se esperaba de mí. Dejando a un lado el abandono del instituto (durante un semestre), yo era el hijo ideal. Ahora había llegado el momento de la violación y el pillaje.

Indonesia sería mi primera víctima...

Indonesia es el mayor archipiélago del mundo: suma más de diecisiete mil islas que se extienden desde el Sudeste asiático hasta Australia. Trescientos grupos étnicos diferentes hablan más de

250 lenguas distintas. Tiene más musulmanes que ningún otro país. A finales de la década de 1960 sabíamos que flotaba en petróleo.

El presidente John F. Kennedy hizo de Asia el baluarte de los constructores de imperios anticomunistas cuando en 1963 apoyó el golpe de Estado contra Ngo Dinh Diem en Vietnam del Sur. Diem fue asesinado y fueron muchos quienes pensaron que la CIA dio la orden; después de todo, la CIA había orquestado golpes contra Mossadegh en Irán, Qasim en Iraq, Arbenz en Venezuela y Lumumba en el Congo. La caída de Diem condujo a la inmediata acumulación de tropas estadounidenses en el Sudeste asiático y, finalmente, a la guerra de Vietnam.

Las cosas no salieron como Kennedy había planeado. Mucho después del asesinato del propio presidente, la guerra se convirtió en una catástrofe para Estados Unidos. En 1969 el presidente Richard M. Nixon inició la retirada de tropas; su administración adoptó una estrategia más clandestina, centrada en prevenir el efecto dominó de un país cayendo detrás de otro bajo el dominio comunista. Indonesia pasó a ser clave.

Uno de los factores principales fue el presidente de Indonesia, Haji Mohammed Suharto. Tenía fama de anticomunista incondicional y de hombre que no dudaba en recurrir a la más extrema brutalidad para ejecutar su política. Como jefe del ejército, en 1965 había aplastado un golpe de Estado de inspiración comunista; en el consiguiente baño de sangre se produjeron entre 300.000 y 500.000 muertes, una de las ejecuciones en masa más deplorables del siglo, recuerdo de las de Adolf Hitler, Josef Stalin y Mao Zedong. Se calcula que otro millón de personas fueron encerradas en cárceles y campos de prisioneros. Fue en 1968, tras los asesinatos y arrestos, cuando Suharto se proclamó presidente.

Cuando llegué a Indonesia en 1971, el objetivo de la política exterior norteamericana estaba claro: detener el comunismo y apoyar al presidente. Esperábamos que Suharto sirviese a Washington de la misma forma que el sha de Irán. Ambos se parecían: codiciosos, presumidos y despiadados. Aparte de ansiar su petró-

leo deseábamos que Indonesia sirviese de ejemplo para el resto de Asia y la totalidad del mundo musulmán.

Mi empresa, MAIN, estaba encargada de desarrollar sistemas eléctricos integrados que permitieran a Suharto y a sus compinches industrializar y hacerse todavía más ricos, y asegurar el dominio norteamericano a largo plazo. Mi trabajo consistía en elaborar los estudios económicos necesarios para obtener financiación del Banco Mundial, el Banco Asiático de Desarrollo y la Agencia Norteamericana para el Desarrollo Internacional (USAID, en las siglas inglesas).

No mucho después de que llegara a Yakarta, el equipo de MAIN se reunió en un elegante restaurante del último piso del Hotel Intercontinental Indonesia. Charlie Illingworth, el manager de proyectos, resumió nuestra misión: «No estamos aquí únicamente para salvar a este país de las garras del comunismo». Y añadió: «Todos sabemos cuánto depende nuestro país del petróleo. Indonesia puede ser un poderoso aliado en este sentido. O sea que, por favor, mientras lleváis a cabo este plan principal, haced todo cuanto esté en vuestras manos para asegurarnos de que la industria del petróleo y sus subsidiarias —puertos, oleoductos, empresas de construcción— obtienen toda la electricidad que necesitan para los veinticinco años que durará este plan».

En aquellos días la mayoría de las oficinas gubernamentales de Yakarta abrían temprano, hacia las siete, y cerraban sus puertas hacia las dos. Los empleados hacían un alto para tomar café, té y un bocado; pero el almuerzo se posponía hasta la hora de cierre. Yo tomé la costumbre de volver rápido al hotel, ponerme el traje de baño, dirigirme a la piscina y encargarme un sándwich de atún y una Bintang Baru, una cerveza local. Aunque llevaba una cartera atestada de documentos oficiales, era un subterfugio; yo estaba allí para trabajarme el bronceado y devorar con la mirada a las jóvenes y bellas mujeres en biquini, en su mayoría esposas norteamericanas de trabajadores del petróleo que se pasaban los días laborables en remotas localidades o de ejecutivos con oficinas en Yakarta.

No tardé en enamorarme de una mujer que parecía ser de mi edad y de herencia asiático-americana. Además de su impresionante físico, parecía inusualmente amistosa. De hecho, por la forma en que se mantenía erguida y sonriéndome mientras pedía la comida en inglés, para luego dirigirse a la piscina, parecía estar flirteando. Me encontré a mí mismo esquivándola con rapidez. Sabía que estaba sonrojándome. Y maldije a mis puritanos padres.

Todos los días hacia las cuatro de la tarde, y aproximadamente una hora y media después de mi llegada, se le unía un hombre que, estaba seguro, era japonés. Vestía como un hombre de negocios, lo cual era inusual en un país en el que el atuendo formal consistía generalmente en unos pantalones y una camisa bien planchada, muchas veces confeccionada con batik, una tela local. Hablaban durante un momento y luego se marchaban juntos. Aunque los buscaba por los bares y restaurantes del hotel nunca los vi, ni juntos ni separados, en ningún lugar salvo en la piscina.

Una tarde, mientras bajaba a la planta baja en el ascensor, me armé de valor. Tenía que abordarla y hablar con ella. Me dije que no tenía nada que perder; sabía que estaba casada con el japonés y tan sólo quería hablar con alguien en inglés. ¿Qué objeción podría poner ella? Una vez que me impuse esta obligación me sentí jubiloso.

Me dirigí hacia la piscina con un sentido de anticipación optimista, canturreando una de mis canciones favoritas. Pero tan pronto como llegué me detuve en seco, confuso y consternado. Ella no estaba en su lugar habitual. Busqué frenéticamente por los alrededores pero no había ni rastro de ella. Deposité mi cartera cerca de una tumbona y recorrí los jardines cercanos. Nunca los había explorado antes y descubrí ahora que eran grandes, llenos a reventar de orquídeas de todos los colores posibles y de una gran profusión de aves del paraíso, así como de unas bromelias que eclipsaban las que yo había visto en el Amazonas; pero lo único que se me ocurrió fue que había perdido la oportunidad de admirarlas con ella. Las palmeras y los arbustos exóticos formaban pequeños rincones y escondrijos. Me pareció verla tendida

sobre una toalla en el césped al otro lado de un seto. Corrí hacia allí pero no hice sino despertar a la mujer. Ella apretó contra sus pechos la parte superior del biquini, que estaba desatada, se sentó y me miró amenazadoramente, acusándome de voyeur con la mirada y gritándome en un idioma que no pude entender. Me excusé lo mejor que supe y volví al lugar donde había dejado la cartera.

Cuando se aproximó el camarero para tomar mi pedido, señalé la tumbona vacante donde ella se echaba habitualmente. Él hizo una reverencia, sonrió y tomó mi cartera para depositarla allí.

—No, no, *tidak* —dije, señalando todavía—. La mujer. ¿Dónde está? —Imaginé que conocer los hábitos de los clientes habituales formaba parte del trabajo de un camarero de piscina. Sospeché que el ejecutivo japonés era pródigo en sus propinas.

—No, no —repitió—. *Tidak*.

—¿Sabe a dónde ha ido? —Hice con las manos ese gesto que yo creía universal para representar a una mujer.

Él imitó mis movimientos, sonrió estúpidamente y repitió mis palabras como una cotorra.

—¿Dónde ha ido?

—Sí, ¿dónde?

—Sí —repitió—. ¿Dónde? —Se encogió de hombros otra vez con una expresión copiada del gato de Cheshire de *Alicia en el país de las maravillas*. Entonces chasqueó los dedos—. Sí —sonrió.

Suspiré, reconociendo que mi teoría sobre los camareros de piscina estaba por confirmar.

—Sanuich d'atun y Bintang Baru —dijo.

Totalmente derrotado, sólo alcancé a decir que sí con la cabeza. Él se marchó al trote.

Llegaron las cuatro y pasaron. No había rastro de ella ni del hombre que siempre se había reunido con ella. Me dirigí hacia mi habitación, me duché, me cambié de ropa y salí. Tenía que alejarme de ese hotel. Me sumergiría en la vida local.